



**III CONCURSO DE  
RELATOBREVE**

Museo Arqueológico y  
Etnológico de Córdoba

CONSEJERA DE CULTURA  
Rosa Torres Ruiz

DIRECTOR GENERAL DE MUSEOS  
Pablo Suárez Martín

DELEGADA PROVINCIAL DE CULTURA  
Mercedes Mudarra Barrero

COORDINACIÓN GENERAL  
M<sup>a</sup> Dolores Baena Alcántara, Directora del Museo Arqueológico y  
Etnológico de Córdoba

TEXTOS

Primer Premio: Fernando Molero Campos

Accésit: Rafael Infantes Lubian

Mención Especial del Jurado: Ana Patricia Moya

Finalistas: Concha Fernández González; Mariló Fernández Taguas;

Félix Amador Gálvez; Enrique García Luque; Ramón Noche

Fraga; José A. Ramírez Lozano; Ramón Rodríguez Pérez; Rogelio

Rodríguez Cáceres; Juan Ignacio Vallejo Sánchez, Rodrigo David

Mariscal Salmoral.

COORDINACIÓN TÉCNICA  
Rocío Castillo García

ILUSTRACIONES  
Marta Fernández Jódar

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
ZUM creativos

IMPRESIÓN  
Tipografía Católica

EDITA: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

ISBN: 978-84-8266-703-4  
Depósito Legal: CO-726-2007

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura  
© de los textos e ilustraciones: los autores

# Prólogo

Desde su nacimiento, los museos se concibieron como templos del saber, espacios sagrados donde se exhibían tanto las obras de arte que ilustraban el refinamiento de nuestra cultura como los nuevos conocimientos científicos que avalaban los progresos de nuestra civilización.

Para la imaginación del visitante, sin embargo, los ojos rasgados de las esfinges ibéricas, la danza del bronce de Almedinilla o los músicos atrapados en los mármoles omeyas evocan historias que trascienden el frío texto de las cartelas. Las piezas destilan magia, albergan un eco de combates heroicos, de cuentos donde la flauta de pan de las sacerdotisas seduce al extranjero con su indescifrable hechizo.

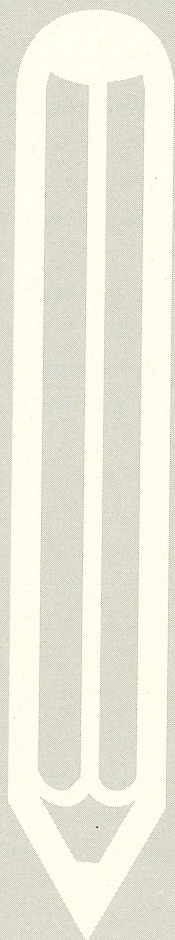
Publicando los ganadores y los diez finalistas de este III Concurso de Relato Breve, el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba ofrece a lectores y lectoras un variopinto conjunto de narraciones que dan nueva vida a los objetos que hemos rescatado del tiempo. Cada relato es una historia sacada por nuestros visitantes de la dorada prisión en la que moraba.

El jurado de esta edición de 2006 contó con la presencia de Eduardo Mendicutti, destacado novelista y articulista; Antonio José Rojano, ganador de la pasada edición; Octavio Salazar, escritor y profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Córdoba; María Luisa Calero, miembro de la cátedra Leonor de Guzmán, y de la Delegada Provincial de la Consejería de Cultura en Córdoba, Mercedes Mudarra.

A ellos y a los amantes de la historia que desde todos los rincones del mundo respondieron con ilusión a nuestra convocatoria con más de un centenar de relatos, les quiero expresar mi más sincero agradecimiento, invitándoles a que continúen ayudándonos a dar a conocer el pasado de esta gran ciudad de Andalucía que es Córdoba y el presente de este Museo Arqueológico, que es el suyo.

**Rosa Torres**

CONSEJERA DE CULTURA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA



- 7 Fernando Molero Campos
- 11 Rafael Infantes Lubián
- 14 Ana Patricia Moya Rodríguez
- 19 Mariló Fernández Taguas
- 23 Concha Fernández González
- 26 Ramón Rodríguez Pérez
- 29 Rogelio Rodríguez Cáceres
- 33 José A. Ramírez Lozano
- 37 Mariló Fernández Tagua
- 40 Enrique García Luque
- 43 Juan Ignacio Vallejo Sánchez
- 45 Ramón Noche Fraga
- 47 Félix Amador Gálvez
- 50 Rodrigo David Mariscal Salmoral



Fernando Molero Campos

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -1º PREMIO-

## El rapto de Afrodita

Que la *Juani* era una atrevida lo supo Antonia desde el día en que le contó que estaba harta de su marido. Lo recordaba bien. *Es como una mecedora pero del revés. ¡Qué barriga, nena! ¡Y qué flojo! Me hace el amor una vez a la semana y sólo para aliviarse*, le había dicho. Entonces, *la Juani*, lo vio claro. Aunque a duras penas había terminado la E.G.B, sabía más de los humanos que muchos sesudos de cultura libresca. *Tú lo que necesitas es mucho cariño y que te lamen el chichi día sí, día no*, fueron sus palabras. Antonia, abrazada a su fregona, rió a hipidos que movieron sus carnes. *¡Qué ordinaria eres!*, le dijo. *Sí, ordinaria. Ya veremos dentro de poco*, pensó *la Juani* contemplando el futuro a través de los ojos de Antonia. Las dos trabajaban en el Arqueológico de Córdoba. De limpiadoras. Antonia era la veterana, y *la Juani* una recién llegada. Sustituía a Rocío: de baja por un ataque de ciática.

La principal frontera de sus vidas la marcaba la puerta de acceso al Museo. En su interior su existencia transcurría entre barrer, fregar, limpiar el polvo, chismes y confidencias más o menos íntimas acerca de sus deseos y frustraciones. Fuera, prácticamente lo mismo. Con otras labores añadidas y ninguna confidencia. Sobre todo Antonia. *La Juani*, no. *La Juani* era un poco más libre. Sabía de amores

prohibidos y sin ataduras. Su único vínculo familiar lo constituía una madre enfermiza. Como sus hermanos eran varones y se habían casado...

Mientras limpiaban las estancias en las que se exponían aquel montón de piedras -así llamaban las mujeres a los restos arqueológicos-, *la Juani* fue tejiendo su tela de araña. Primero haciéndose la comprensiva y regalándole su interesado afecto a Antonia, entre bromas y toqueteos inocentes y ocasionales: una palmadita en las nalgas, unas cosquillas cuando se cambiaban, un abrazo furtivo, besos de despedida que duraban un poco más de lo habitual.

Casi sin darse cuenta, Antonia estaba en los brazos de *la Juani*, enamorada hasta las cachas de aquella mujer que le había devuelto las ganas de reír y el anhelo de un deseo que creía muerto. Era ésta última la que gobernaba las riendas de su relación, la que decidía qué, cómo y cuándo. A Antonia no le molestaba, siempre y cuando la hiciera feliz. Y hasta la presente así era.

Días antes de que despidieran a *la Juani* por no sabían exactamente qué problema o inconveniente burocrático, le había dicho a Antonia, bajándose un poco la falda y dejando al descubierto un tímido hilillo de tela clavado en un pliegue de la carne: *Mira, ¿te gusta? Hoy me he puesto el tanga azul transparente especialmente para ti. Ven aquí, anda. Acércate y cómetelo todo.* Y Antonia se había sumergido bajo la falda de *la Juani* tal que si se hubiera tirado de cabeza a un fondo submarino de algas y corales.

Por eso, porque se acordaba del sexo de su amante, y también por lo que consideraba un despido injustificado, Antonia agarró una machota del marido y se hizo la valiente. Aprovechó las horas de mayor afluencia turística del Museo y secuestró literalmente a la Afrodita Agachada. Atrincherada tras ella y agarrándola por el cuello amenazó a voz en grito con destruirla delante de todo el mundo si no se atendía su petición. Ni obras de arte, ni vestigios del pasado, ni hostias. O readmitían a *la Juani* o la emprendía a martillazos contra todo lo que pillara a mano, empezando por la estatua, cuyas tetitas de piedra le palpitaban en el brazo.

Estaba fuera de sí, como poseída por un fuego o un demonio. Nadie sabía qué hacer. Unos emularon la quietud de las obras exhibidas y otros se desplazaron nerviosos buscando la salida. Finalmente, los vigilantes desalojaron el Museo. Parecía una broma o un desmesurado arrebato atribuible sólo a la pasión. Desde el mostrador de venta de tiques alguien telefoneó a la Policía Municipal, que hizo su aparición estelar motorizada.



*Dejen paso. Hagan el favor de echarse a un lado, exigieron los agentes. Y aunque los curiosos abrieron un pasillo para que pasaran, de inmediato volvieron a cerrarlo. Nadie quería perderse el espectáculo. Los flashes y las cámaras de vídeo de un grupo de japoneses registraron la escena en plano-secuencia.*

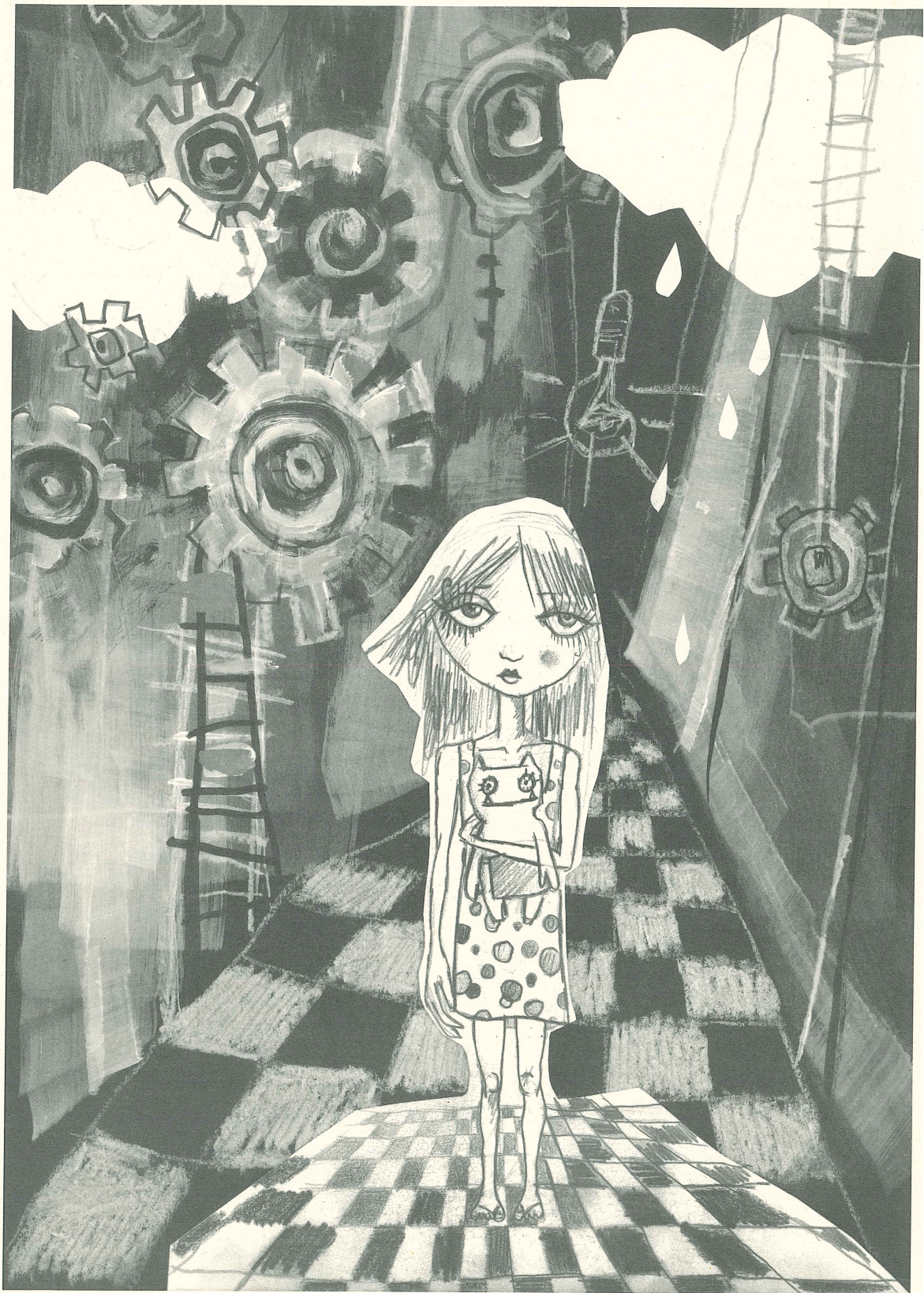
Una vez informados los policías de la situación y de la relación existente entre Antonia y el Museo, uno de ellos, el de mayor edad, por intentar que la cosa no se saliera de madre, la voceó en la distancia: *¡Señora, no haga una locura! ¡Suelte el martillo, retírese de la estatua y deje que la ayudemos! ¡Créame que la comprendemos bien! ¡El trabajo, la casa, la familia... Hay ocasiones en que una no puede más, pero..!* Lo interrumpió Antonia. *Qué coño sabía aquel uniforme del nido de golondrinas vacío que la Juani le había dejado en el estómago. Cállese, imbécil. ¿Acaso es usted psicólogo? No ve que esto va en serio. Como no vea a alguien con un contrato laboral indefinido firmado a nombre de doña Juana Galisteo Benavides no va a haber pegamento Imedio suficiente para...*

Pero una voz más poderosa que la suya y la del policía juntas retumbó de súbito: *¡CORTEN, CORTEN! ¡Pero coño, Rafi que te lo he explicado mil veces! ¡Tú estás al límite! ¡Lo único bueno que te ha pasado en años es lo de la Juani! ¡Y tú harías lo que fuera por recuperarla! ¡Pon más énfasis, otro entusiasmo! ¡Que se note que estás muy cabreada! ¡Venga, repitamos la toma otra vez! ¡A ver si podemos terminar este puñetero corto algún día!*

Rafi, la improvisada actriz, impertérrita, tras escuchar la arenga de Pablo Palomares, incipiente director de cine, bajando la mirada y posándola en la raja del culo de Afrodita, dijo: *Lo siento pero me tengo que ir.* Silencio. *¿Cómo que te tienes que ir?,* le preguntó Pablo. *Si no hemos terminado.* Rafi abandonó la piel de Antonia junto a la escultura. *Ya te dije que a las dos tenía que estar de vuelta en casa. Que luego llega mi marido y le gusta tener la mesa puesta. Además esta tarde trabajo. Cambié las escaleras de Doctor Hermosilla por la mañana de hoy. Adiós.*

El equipo de rodaje se quedó inmóvil, esperando la reacción del director, que al ver que Rafi recogía sus cosas y se marchaba explotó: *Me cago en "to" lo que se menea. A quién se le ocurre hacer un casting por las escaleras de vecinos de mi barrio. A la mierda el realismo. Que yo no soy Loach, ni Angelopoulos, ni Biberman, coño.*

Y mientras tanto, los turistas nipones rodando su propia película y soñando con regresar a la Tierra del Sol Naciente para exhibirla a sus conocidos.



Rafael Infantes Lubián

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -ACCESIT-

## La magia del acanto

"Cierro los ojos y el mundo muere"

Sylvia Plath

Por medio de diversas artimañas, que por su mera discreción no serán desveladas en este relato, Nora consigue permanecer aquella noche en el interior del museo cuando sus puertas se cierran a los visitantes. Espera agazapada hasta sentir como se atenúan en la distancia los pasos del guarda. Entonces, una suerte de chasquido en el panel de luces entrega el edificio a las sombras. A Nora, el silencio le arrebatada por momentos un hormiguelo de la boca del estómago, nada que ver con el miedo, tampoco es inquietud sino más bien una forma de agitación repentina.

Nora avanza al amparo de una negrura huraña que difumina en fantasmas cada pieza del Arqueológico y a la que su ceguera le hace inmune. Auxiliada por un *braille* pétreo y arcano se orienta gracias al tacto romo de los relieves, la filigrana labrada en los brocales, el puzzle incompleto de las teselas. Se desliza, esquiva, desciende, desbarata el camino que tantas otras veces hiciera de la mano de su tío, el viejo profesor, cuando el recuento emocionado de aquellos vestigios le hablaba de imperios cercenados por el tiempo y dilatada la tarde, elástica, hasta el crepúsculo.

Ya en la planta inferior, el roce en su mano del rostro marmóreo de un desabrido emperador - ¿o quizás se trate de un sátiro desgranado de una

comparsa de Baco? – le provoca el recuerdo de Héctor cuyo brazo suplantó un día la mano de su tío. De Héctor, a quien entonces adoraba, siempre aborreció aquel suspiro fatuo que precedía a sus palabras: “ ¡ah!, qué logro el de hombres como tu tío, un día yo también seré como el profesor, y haré hablar a estas piedras, y arrebataré secretos a su silencio de siglos, y..” así una y otra vez. Nora se arrepiente ahora de no haber replicado insumisa aquella jactancia y haberse anticipado con desdén: “no, no es así, no es nunca silencio, es más bien como un murmullo que aflora desde el interior, pero tú, claro está, no lo oyes y supongo que nunca lo oirás”.

Pero hay algo más, porque después, hasta Nora llega siempre ese lamento. Sutil y trémulo se hace notar por encima los chillidos agónicos del sacrificio a un dios pagano y arrogante. Cuando entona su letanía ya nada, ni el jocoso enredo entre grullas y pigmeos ni el fluir sonoro y ebrio de un cortejo dionisiaco en los mosaicos, puede retener su atención. “Es como un pulso o un latido – no acierta a precisar Nora -, que se abre paso como lo hace un brote entre las rendijas de la piedra en el pavimento”.

En el atrio, criterios aparte, es la ironía la que dispone las figuras, una Pléyade mutilada y acéfala codicia las cabezas que apartadas se exhiben exentas de miembros ni torso. Arrostran hirientes la presencia de Nora sin que ella manifieste temor o recrimine su recelo. Un de ellas, ( “POSIBLE PRÍNCIPE HELENÍSTICO”, indica la plica) es el objeto de su particular ajuste de cuentas.

Se acerca hasta la cabeza suspendida sobre el exiguo pretil. Es pequeña, pálida, chata como una esfinge abandonada al desierto. Su cara magullada muestra las cicatrices del tiempo. Una cinta ciñe un cabello ensortijado sobre el que Nora suspende con cuidado su mano. "Dicen que eres un príncipe, grato favor para un joven púgil cuyo rostro rendido apenas si aspira ya al goce de una simple mirada". Nora besa las cuencas vacías de sus ojos. Acaricia el mentón y con un leve, casi imperceptible, movimiento lo hace girar hacia la izquierda, hasta que queda enfrentado a la figura de aquella Afrodita que reclinada y voluptuosa parece invitar a la contemplación. Nora retira la mano y aprovecha para dejar una última caricia en la mejilla. "No temas, lo sé, la eternidad a veces se asemeja a un escozor, como el molesto rescoldo de un golpe que aún no ha cicatrizado". Nora se aleja y justo entonces, el lamento cesa. Extenuada por la agitación, se recuesta junto a un ciclópeo capitel donde el acanto la abraza, la arropa, la entrega, finalmente, a un sueño profundo y seguro.

No es hasta pasadas unas horas cuando una corriente de aire la devuelve a la vigilia. La puertas del museo están de nuevo abiertas y Nora sale sin que nadie parezca notar su presencia. De nuevo en la calle se pregunta en qué medida sigue existiendo la realidad tal y como la dejó el día anterior. Siente que todo anda envuelto en un auténtico y estremecedor silencio, parece muerto, como si una pesada capa de polvo plomizo lo empujara todo hacia abajo hasta bloquear el engranaje que , mecánico y frío, hace funcionar el mundo.

Ana Patricia Moya Rodríguez

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO-

# Pirata

*"El tesoro está aquí, en este punto"*

Patidifusa me quedé cuando recibí esa carta en el buzón y me encuentro, dentro del sobre, una hojita con un mapa dibujado por ti. Recuerda mucho a uno de esos mapas del tesoro pintados en esos cuentos que tanto te gustan leer. Me sentí muy desilusionada porque esperaba encontrarme un folio con tus palabras, con todas las cosas que te han pasado durante este año y medio. En vez de eso, tengo en mis manos un plano la mar de curioso, coloreado y con esa única frase escrita: el resto es puntos, cruces, cuadraditos. He comprendido que el cuadrado grande central es la Mezquita por el horrendo arco árabe bicolor que has hecho – nunca se te ha dado bien el dibujo – y también por un arbolito de bolitas naranjas que has situado a su lado.

Reconozco que me pica el gusanillo, por eso no tardé mucho en plantarme en el lugar. Después de saltar a guiris, marujas en grupo y estudiantes en las callejuelas de la Judería, me hallo en la Mezquita. Aunque me siento un poco ridícula porque parezco una cría jugando a los piratas, sigo las instrucciones indicadas. Me sitúo ante la portada del patio de los naranjos. Sigo la flecha, hacía el frente. Llego a la esquina. Sigo ahora la flechita verde curvada hacía la

callejuela de la derecha. Camino. *Vaya calle más estrecha.* Llego al otro extremo. Otra indicación hacia la derecha. *¿De qué me suena este lugar?* Ando despacio, sin prisa. *Aquí he estado yo antes.* Y me planto en el Museo Arqueológico.

*Joder.* Presumo de memoria paquidérmica, pero en realidad no la tengo. Se me había olvidado que el recorrido que acabo de hacer es el mismo que hacía hace tres años para asistir a las prácticas de Arqueología de primer curso. Me dirijo a la entrada. Miro a mi alrededor. *Nada ha cambiado.* Me siento a la sombra del impresionante árbol cercano al edificio. Observo el mapita y la flecha - ahora de color roja - se introduce en el Museo. Bueno, ¿ahora qué hago, espero un poco o entro? *¿Qué pretendes con traerme aquí? Piensa, chica, piensa. No te precipites.* ¡Si esto es una broma tuya para hacerme perder el tiempo, me voy a cagar en todas tus muelas! *Mujer, no te alteres, ella no es capaz de hacer eso.* Me tranquilizo. Reflexiono. *La madre que te parió: tanta intriga me fastidia.*

¡Qué coño! Ya que estoy aquí, será mejor que entre. Supongo que si tiene algo que ver con nosotras, dentro encontraré algo, respuestas, lo que sea. Enseño el carnet de identidad y el encargado me permite el acceso. A esta hora no hay visitantes - exacto, la muy petarda ha hecho que me perdiera la siesta

- excepto yo y los dos vigilantes que se patean las salas con el gesto aburrido en su ronda habitual. Se respira mucha tranquilidad. Bien, ya que estoy aquí, veamos el mapa. *Dios Santo, que complicada eres.* Ahora quieres que siga una flecha de recorrido intrincado, laberíntico. ¿No es mejor ir directamente a la equis marcada y no dar tanta vuelta? En fin...

Me desplazo a la primera sala. *¿Cuántas veces hemos venido aquí, a hacer las prácticas?* Contemplo las paredes, las vitrinas. *Todo esto me remite a tus peculiares bromas.* De ésta, paso a la sala del patio, con sus ánforas, sus esculturas en mármol romanas, sus relieves, sus monumentales columnas. *¿Te acuerdas de los gratos momentos vividos en todos los rincones del edificio?* Sé que la equis está por aquí, pero no soy tramposa y prefiero respetar el caminito marcado. Ahora a las escaleras. Subo para la planta de arriba, admiro los mosaicos. *Aquí, mientras subíamos, me cogiste de la mano disimuladamente.* Que soledad. El silencio es roto por el sonido de las hojas de los árboles agitadas por el viento. Sigo recorriendo la flecha. *Apoyada en aquella barandilla, mis labios se encontraron con los tuyos por primera vez.* Después de haber llegado al final del pasillo, doy la vuelta. *Un "te quiero" fue pronunciado entre lágrimas en esta habitación llena de restos árabes.* Bajo las escaleras. *¿Por qué quieres hacerme recordar cosas tan dolorosas?* De nuevo en el patio descubierto. El aire



es fresco. *Mi memoria está mas que refrescada.* Camino hacia la sala central. El fin del trayecto. Mi travesía de recuerdos, sin embargo, continúa dentro de mi cerebro. El destino final: la escultura que escogimos las dos para hacer un trabajo de la asignatura. El tesoro.

*Ahora sé que es posible viajar al pasado. Tú has hecho que me sumerja en un mar de recuerdo, eres una maldita pirata que ha abordado mi corazón de forma inocente y traicionera a la vez. Me has guiado con este infantil mapa para sacar de mí lo más profundo. Sabías de sobra que quise olvidar esta historia porque, precisamente, fuiste tú la que decidiste olvidar tus aventuras de amor conmigo. Me abandonaste en la isla de la soledad sin motivos ni explicaciones.*

En dicha pieza de mármol encuentro un sobrecito de color azul. Pone, con tu letra, "la respuesta". *¿Esta es la recompensa al paseito que me has hecho hacer, para esto me has hecho recordar nuestra preciosa pero triste historia de amor?* Suspiro. Tomo la carta. Me siento en las escaleras. Leo. Una lágrima se me escapa. *Tienes toda la razón...*

*"Te dejé porque eres igualita que una escultura: fría por fuera, fría por dentro".*



Mariló Fernández Taguas

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Brocal de pozo

Siguiendo la más antigua tradición, el alfarero que me levantó de la nada del barro me dio voz para decir 'De mí sale el agua fresca y clara que lava la cara de mi joven ama Jemima, dulce jazmín'.

Fui regalo que encargó el especiero de Almodóvar para celebrar con júbilo la llegada de su primogénita hija, que Alá le había otorgado a la tardía edad de 48 años y a la que cuidaba como a sus ojos.

Jemima creció a mi vera correteando a sus ayas y comiendo la cal de mis paredes y la tierra de mis arriates para alegría de las noches y días de toda la casa. Dios la bendiga y la colme de bienes.

Mi dueña ha florecido, y su larga trenza acompaña la soga de mi cubo en su cadencia cuando se asoma para sacar agua. A mis profundidades ha confiado que ha sido prometida a su primo Rashich y solo yo sé lo que su corazón alberga, porque mi ama grabó ya hace meses en mi pié la inicial de su anhelo.

Son tiempos difíciles y mi amo ha muerto de preocupación y angustia. Y con él ha muerto su alfaneque que le servía en las cacerías. En el huerto ya solo crecen

jaramagos amarillos y aulagas. La ciudad se está llenando de cristianos y nadie sabe lo que va a pasar. Que Alá sea misericordioso con nosotros.

Jemina a veces me consulta sus pesares. De sus largas pestañas negras caen gotas que salan mi agua. Rashich ha sido enviado a la lejana ciudad del Cairo con todos los haberes de la familia para comprar casa y puesto de mercado en el zoco de Khan El Khalili cerca de la puerta de El Futuh y poder trasladar con él a todos los suyos. Hace tres meses de esto y no tenemos noticias.

Yo solo puedo responderle aliviando las ojeras de su cara con el frescor de mi panza. La menta que crece por mis paredes les sabe amarga a todas las mujeres desde que se han quedado solas y atrincheradas en esta casa. Que Alá disuelva sus temores que me llegan en forma de suspiros en la noche.

El nuevo cadi cristiano del castillo ha dispuesto alojar a sus tropas por todas las casas de este arrabal. Todo el barrio de Almodóvar tiene miedo de estos bárbaros. El silencio de candados y trancas pesa en las puertas y en el alma de

sus habitantes. Que Alá nos proteja de todo mal. Dicen que se comen a su dios y que nos harán enterrar envueltos en piel de cerdo si no les hacemos caso.

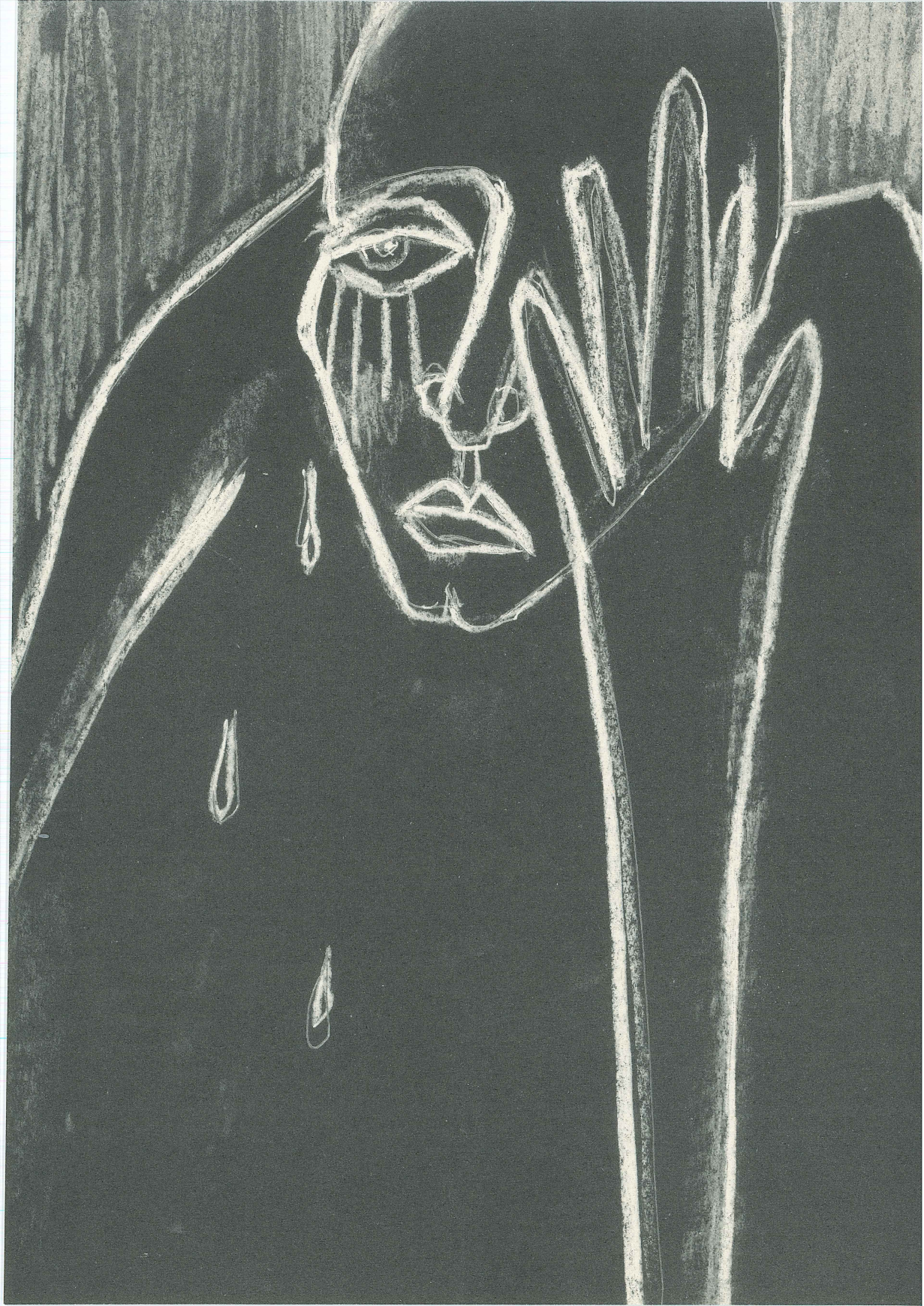
Mi dueña Jemima viene en la noche, y con mimo dispone mi cuerda atándola al limonero que me da sombra de día y aromatiza mi agua con algún fruto caído de vez en cuando de sus ramas.

Ella sabe que no debe añadir desgracia a esta casa segándole el pozo con una muerte impura, tampoco le es digna la idea de verse jalada de un pozo que su padre hizo construir alto y estrecho para que ella no se cayera.

Así dispuesto el lazo, se sienta de golpe a mi lado y con el crujir de su cuello yo me quiebro en grieta abierta. como velo roto, como himen partido. Que Alá nos acompañe allá donde Jemima y yo nos dirigimos. Espero que sea comprensivo y misericordioso con nosotros.

No hay más vencedor que Alá. Y Él será nuestro consuelo.

Así sea.



Concha Fernández González

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## El vigilante de noche

La luna regalaba un hermoso haz de luz que entraba por el ventanal del corredor y se derramaba por las salas, tiñéndolas de una pálida luminosidad que las embellecía. Braulio, que hacía poco había empezado su turno de noche, contemplaba el espectáculo de la luz embelesado por la belleza que desprendía. Tras unos minutos, bostezó y abandonando su silla se dispuso a efectuar su ronda nocturna. Tras ella, ladeó su gorra de plato y se recostó en la silla con la intención de echar una cabezada.

\* \* \*

Hacía tres días que Braulio se encontraba intranquilo. Él lo achacaba a la proximidad de su jubilación, pero intuía que algo más le preocupaba. Tres noches atrás, al iniciar su ronda habitual, había sentido en la espalda un extraño magnetismo como si alguien le observase. Este episodio se había repetido al día siguiente, y al otro. La última noche, incluso había percibido como si las esculturas quisieran transmitirle algo, como si estuvieran intentando comunicarse con él. Por este motivo, al llegar donde su compañero esperaba ser sustituido no pudo evitar la tentación de preguntarle:

- ¿No has notado algo raro estos últimos días, Darío?

- ¿Raro?, ¡claro! este año han dado el aire acondicionado más temprano que los otros.

No quiso insistir, a dos meses de su jubilación no deseaba dar la impresión de estar cansado.

Una vez solo, una especie de desazón se apoderó de él. Nunca había sentido ningún tipo de miedo durante sus horas de vigilancia nocturna. Los corredores y las salas del museo habían formado parte de su vida como lo formaban las habitaciones de su casa y siempre se había sentido allí seguro y confortable, por eso no entendía esa inquietud que le asaltaba. Aún así, comenzó el recorrido acostumbrado. Entró en la primera sala, encendió la luz y escrutó cada rincón: el vacío de los siglos ocupaba toda la estancia, excepto eso, nada. Al llegar a la primera escultura se detuvo, la observó durante algunos minutos y continuó el ritual hasta alcanzar el último. Todo era calma, pero en las piezas se vislumbraba algo inmaterial que le angustiaba. Cuando terminó su recorrido, ladeó su gorra de plato y se acomodó en su silla dispuesto a descabezar el primer sueño.

Cinco minutos más tarde su cerebro había clasificado todas las imágenes recibidas en su ronda, por eso, un invisible resorte le hizo poner en pie. Se frotó los ojos, cogió su linterna y corrió hacia el interruptor general de la luz. Al accionarlo todo el museo se iluminó, tras lo cual, se dirigió con decisión a verificar su sospecha.

En la primera sala, que seguía tan silenciosa y solitaria como la vez anterior, se acercó lentamente a la primera escultura, la observó unos instantes y continuó con la siguiente. Así fue recorriendo toda la estancia: el *León Ibérico de Nueva Carteya*, el *Cervatillo de Madinat al-Zahra*, la *Máscara del dios Pan...* Cuando terminó su repaso las piernas le temblaban: todas las figuras estaban -como él había creído adivinar- ostensiblemente envejecidas.

En la habitación siguiente, el aspecto de las piezas era el mismo, hasta el *Hermafrodita de bronce*, cuidadosamente guardado en una urna, había perdido su apariencia de efebo. Sintió indecisión en continuar, pero avanzó con pasos vacilantes: la pesadilla se repetía. Corrió de sala en sala buscando sus obras preferidas, aquellas que, sin saber cómo, le habían cautivado en el transcurso de los años que llevaba allí y no pudo reprimir las lágrimas cuando llegó a la *Afrodita agachada* y la encontró convertida en una ajada figura de carne blanda y pelo cano.



Aunque no podía mantener la calma se concedió unos minutos para recapacitar. Cuando estuvo convencido de su total vigilia, se dirigió al teléfono y levantó el auricular.

\* \* \*

El Ministro de Cultura colocó la medalla al trabajo en su solapa, le abrazó y le dio golpecitos en la espalda. Su mujer se emocionó hasta derramar lágrimas, los compañeros le aplaudieron con entusiasmo y su superior se interesó por su mermada salud. Nadie había comprendido nada, nadie le había creído. Todos pensaron que era la edad, pero él tenía la absoluta certeza de su vivencia. Algunas tardes, durante los días de inactividad a los que le sometieron por prescripción médica, se había acercado al Museo para comprobar que no estaba equivocado, sino que los otros estaban ciegos. Y así era. Nadie veía el envejecimiento de las figuras excepto él. Hoy, su último día laboral, se pasearía de nuevo por las salas, se despediría de sus obras y después cerraría para siempre la puerta de su supuesta demencia.

Tras la ceremonia de su jubilación, que había tenido lugar en el salón de actos del Museo, se encaminó hacia la entrada. Su compañero Darío, comprendió la tristeza que le invadía y le permitió un último recorrido a solas. Tan sólo había avanzado unos metros cuando se tambaleó de la impresión: las esculturas ya no eran ancianas, ahora eran cadáveres. Yacían en las posturas más inverosímiles, inertes, sin vida, sin alma. Ante aquel desolador espectáculo, Braulio no pudo contener el llanto. No supo cuánto tiempo permaneció así, el ruido de pasos en el corredor le devolvieron a la realidad. Darío se asomó a la puerta y al verle en aquel estado le dijo:

- ¡Vamos Braulio!, no es para tanto. A fin de cuentas ahora dispondrás de todo el tiempo para ti.

- ¿No ves nada especial, Darío?, le preguntó con esperanza.

- ¡Claro!, que has llegado a la jubilación.

Braulio se dirigió hasta la puerta sin despedirse, avanzó como un autómatas por los pasillos y pensó en una frase de El Principito : *“Sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”*.

Enjugó sus últimas lágrimas y salió con resolución a la mañana y al porvenir.

Ramón Rodríguez Pérez

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## El sabio

*"Y ya no volví a encontrarme con él hasta que murió Ibn Ru\_d. Sucedió esto el año 595 / 1198, en la ciudad de Marr\_ku\_, y fue trasladado a Córdoba donde está su sepultura. Cuando fue colocado sobre una acémila el ataúd que encerraba su cuerpo, pusieron sus obras en el costado opuesto para que le sirvieran de contrapeso. Estaba yo allí parado [...] y dije para mis adentros: A un lado va el maestro y a otro van sus libros. Mas dime: sus anhelos, ¿viéronse al fin cumplidos?.*

Ibn 'Arabi, *Kulliyat*, 7, 31, f. 79 ra.

La mañana que al fin pude hablar con Amador Santolalla precisamente fue cerca de la excavación, rodeado de esqueletos, sonrientes cadáveres agradecidos por haberles sacado la sonrisa después de tantos siglos enterrada. Huesos rodeados de tierra, de aperos y tiestos antiguos esparcidos en montoncitos supuestamente clasificados.

Habían expropiado tres manzanas creyendo que aquella almacabra era importante, la llamada de ibn 'Abbas, aquella que las fuentes daban como cementerio donde estaría enterrado Ibn Rusd, el gran Averroes. Decían que tal necrópolis estaba allí mismo, debajo del barrio gitano, pero costó mover a los calentitos de sus casas. Para poder tirar tres manzanas hubo que liar la de Alá: les tenían que dar a todos vivienda nueva, pero ellos no querían pisos ni minicasitas de esas adosadas modernas, querían las de toda la vida: de muros recios, con su patio, su limonero y todos sus avíos. Amador Santolalla fue uno de los gitanos desplazados, le dieron un piso en un barrio perita, una urbanización de esas con piscina grande, con su césped, su piscina para niños chicos y su torre-mirador para buzo. No era exactamente lo que él quería pues había que acudir a reuniones de vecinos y esas cosas de payos, pero al final tragó porque

la casa que le derribaron tenía goteras y además le daba cierto *canguelo* tener un cementerio debajo de la cama, imagínense, estar cumpliendo con la señora con un fiambre dos baldosas más abajo. Aún así, Amador no dejó de ir cada día al barrio, a su barrio de toda la vida a echar la partida de dominó en la taberna, donde era especialista en ahorcarle el seis doble al Patricio, un gitano viejo que parecía autista y que le daba igual perder porque el tabernero le fiaba, sabe Dios porqué, algo se traerían entre ellos.

Yo quería preguntarle a Amador sobre el candil, un candil árabe de barro que según cuentan tuvieron que quitar de las vitrinas del museo porque se encendía solo por las noches. Dicen que tres *seguratas* tuvieron que ser trasladados de puesto (uno de ellos sigue a dieta de ansiolíticos) y al director, que acude a psicoterapias, se le muda la color cada vez que se lo refieren... El gitano Amador, que a la postre fue el que se lo encontró arrancando un olivo viejo del patio de su casa, me comenta:

*-Tenía por to alrededor letras en moro, que según me dijeron eran el nombre del dueño del candil. Me dijeron el nombre del payo..., arvejones..., arvejoes, o algo así,...Yo vivía ahí mismo, donde están saliendo los muertos, así que con la mudanza espero haberme quitao to el vajío que tenía encima, que no era poco.*

Y suelta un fichazo que hace temblar el mármol de la mesa.

*- Yo quería pulirlo por mil duros, pero no sé como se enteraron, en este barrio es que hay mucho chivato..., total que tuve que dárselo a los del museo. Decían que era una piesa única, que ponía el nombre de un sabio moro, del arvejoes ese...A mi entonces no me dieron ni las gracias, pero más vale así, que por lo visto el candil traía mal fario.*

El candil fue el choteo de la administración autonómica, nadie se creía la milonga que contaban de que la lámpara se encendía sola. El director le contó un tanto azorado al delegado lo que pasaba y éste dijo que botaran el cacharro a freír puñetas, pero que como aquello saliera en la prensa iban a rodar cabezas. Temblaba el político imaginando al doctor Jiménez del Oso mezclado en asuntos culturales de tan seria Delegación. Si el asunto llegaba a Sevilla más de un sólido cargo se iría al carajo.

*- Total -contaba Amador-, que un día me llamaron del museo pa entregarme una cajita. Dentro, to lioteao en un papel de pediorico iba el candil, precioso, del color de la miel. En to el centro tenía pintá una cierva y alrededor lo que le dije de los garabatos moros. Me dijo el dirertor que como por ley me tenían que dar una recompensa, que me quedara el candil porque andaban mal de cuartos, pero que le habían jecho afotos y que no lo vendiera porque si no me mandaban a la guardia sivil.*

Otro golpe de Amador en la mesa hace temblar los vasos y concluir la partida.

*- Patricio, eres más malo que la carne pescuezo. Otro mandil. Aburriito me tienes.*

Salimos a la calle y nos quedamos mirando la excavación. Se ven esqueletos dispersos enterrados a lo moro, así con la cabeza para la Meca, difuntos humildes sin ajuar ni lápida ni nada de nada. Tres manzanas expropiadas para apenas sacar un montón de huesos pobres mirando hacia Oriente, y tierra y más tierra, y alrededor del solar macabro, el albor de las casas de los gitanos, las blancas casas donde las gitanitas adolescentes se asoman al balcón moviendo los brazos, sus coletas de pelo negro y su Niña Pastori en la cinta del radiocasete. Algunos gitaniillos desvergonzados husmean entre las tumbas mientras sus madres les gritan desde las ventanas, voces híbridas de enfado y superstición.

*- Dicen que no ha salío na de na, ni oro ni plata...na más que pobres difuntos enterraos de lao. A lo mejor alguno de esos es el arvejoes. Los más sabios suelen ser los que menos tienen.*

Pensé que a Amador no le faltaba razón. Allá abajo, una calavera parecía sonreírnos. Antes de marcharme le pregunté por la suerte del candil. En lugar de contestarme se miró la muñeca y dejó entrever un reloj Omega, rotundo como un sol.

*-Buen peluco, le dije.*

*- A ver..., presumió que es uno..., al arvejoes, ni a la suela de la babucha le llego yo.*

Y al sonreír brillaba en su boca un puente de oro.  
me moría. Para mí no habría pegamento.

Rogelio Rodríguez Cáceres

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## El ángel invertido

*Yo soy el Tenebroso, -el viudo-, el Sin Consuelo,*

*Príncipe de Aquitania de la Torre abolida:*

*Mi única estrella ha muerto, y mi laúd constelado*

*lleva en sí el negro sol de la Melancolía.*

Gerard de Nerval, "El desdichado".

Los únicos supervivientes que habían quedado se encontraban ahora no lejos del campo de batalla limpiando sus armas, devolviéndoles el brillo de antaño, y quitándose sus vestidos manchados en la lucha mientras recordaban en silencio a los caídos. Finalmente, los muros de la ciudad habían sucumbido ante sus ataques y aquellos hombres, mujeres, niños, ancianos y bestias que se habían ocultado tras sus piedras, habían dejado de existir.

Los ladrones de cadáveres, como buitres, examinaban cada uno de los cuerpos sin vida que cubrían la hierba, entregándose con absoluta dedicación a su antiguo oficio de despreciar y profanar las armas y riquezas de las tumbas y las ofrendas e inscripciones que testimoniaban el afecto de los que aún seguían vivos.

Desde la cumbre de un cerro, un poeta derramaba sus lágrimas ante la visión de los miembros desgajados y los cuerpos derrumbados. Su boca, que quería clamar los horrores de aquella guerra, como en una pesadilla, era incapaz de proferir sonido alguno. El poeta se había sentado bajo un árbol, guareciéndose del sol de mediodía, oprimiéndose la herida que una flecha le había ocasionado en el costado y disponiéndose a morir. Un efímero deleite le sobrecogió al imaginar que quizás en aquellas hojas verdes que contemplaba bajo la luz del

sol podría estar cifrada la armonía que mantuviera el equilibrio entre la vida y la muerte, entre el horror y la belleza, y que justificara aquella absurda y feroz existencia. En aquel instante, recordó el mosaico del ángel invertido.

En la noche anterior, cuando los fuegos habían estado acompañando el sueño de los hombres, el poeta había decidido beber junto a un mercenario mestizo que añoraba regresar con vida a su patria. Recordando alegres melodías, habían intentado en vano ahuyentar la negra melancolía que les devoraba. Tras un silencio y un profundo suspiro, el soldado le narró una leyenda sobre un mosaico incompleto que albergaba la imagen de un ángel bocabajo, de un ángel invertido, al que rodeaba la inscripción "DEMON EST DEUS INVERSUS". Asimismo, el soldado le reveló que aquella imagen aparecía siempre en los campos de batalla buscando incansablemente la llave que le permitiera abrir de nuevo las puertas del Cielo, de donde había sido expulsado, resucitar a todos los caídos y liberarse de su memoria.

Cuando el poeta volvió a abrir sus débiles ojos, contempló que uno de los ladrones de cadáveres se acercaba a él pausadamente... Supo entonces que no tenía intención alguna de aguardar y que le despojaría de sus ropas incluso antes de morir. Una oscura sombra se detuvo frente a él e inclinó su cabeza hasta situarla a su misma altura, como queriendo reflejarse en él. De su cuello se desprendió un colgante, quedándose suspendido en el aire y balanceándose

acompañadamente. Entre sombras, el poeta pudo leer la inscripción del medallón que circundaba la imagen del mosaico: "DEMON EST DEUS INVERSUS". Un estado de nerviosismo se reflejó en su rostro cuando se dio cuenta de que quizás aquella figura fuera el ángel invertido.

Casi sin aliento, el poeta pudo comprender que aún tenía una posibilidad de salvarse y de recuperar su vida: pensó que si el ángel encontrase en ese instante la llave, regresaría al Cielo y su alma no sería arrastrada al Infierno. Decepcionado por un instante por la idea, al no poseer la llave, recordó que, según algunas religiones, Dios había creado el Universo a través de su Palabra, a través del Verbo, por lo que la llave que redimiría a aquel ser debería de ser a su vez una palabra. Recordó que una llave sirve tanto para cerrar como para abrir una puerta y que si aquel lema había sido empleado por Dios para desterrarle del Paraíso, era aquel y no otro, el lema que, correctamente ordenado, debiera de abrirle nuevamente sus puertas. Entonces el poeta, delirante, emitió algunos sonidos y, finalmente, balbuceó una palabra. Inmóvil junto a su cuerpo, el ángel invertido le miró fijamente y le respondió:

- Hace tiempo que esperaba escuchar esa palabra, pero hoy ya no recuerdo porqué.

Y antes de que muriera, sintió cómo una mano fría y serena comenzó a *recorrer su cuerpo*.





José A. Ramñirez Lozano

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## La hojita de parra

Contra el pasado nada mejor que el vino. El vino es la única medicina efectiva contra la nostalgia, eso bien que lo prueba la historia. Tal vez por eso el arqueólogo e historiador cordobés don Prudencio Romero de Salas se despachaba con media botella de manzanilla para abrir boca y con otra media de Moriles a eso del segundo plato.

- Va a acabar contigo- le amonestaba su señora viéndole venir la borrachera de la siesta-. Eso tuyo de escarbar en el pasado y del vinazo diario va a terminar contigo un día Prudencio.

Don Prudencio era un arqueólogo enamorado de su profesión que vivía de cara al pasado y ajeno por completo a lo que fueran planes de futuro. Que ni seguro de vida ni Paquita hoy qué comemos. Nada. A eso del almuerzo, Don Prudencio llegaba empolvado hasta las cejas, ciego de exhumar mármoles romanos en la Cercadilla, y se sentaba en la mesa sin preguntarle a Paquita por su madre, ni tan siquiera cómo iba el embarazo.

- Prudencio

- ¿Qué?

- De ser niña, ¿Cómo te gustaría que se llamara?

Don Prudencio apuraba la copa antes de contestar, dejando a la señora con la boca abierta, a la espera de un nombre que al marido parecía venirle de lejos, de un yacimiento filológico remoto que seguramente excavaba en su memoria.

- Afrodita- desembuchó al cabo-. Me gustaría que se llamase Afrodita, como la agachada del museo.

- ¿Y si fuera niño?

Don Prudencio ahondó otra vez en el socavón filológico y soplando, como quien le quita un polvo de siglos, se lo soltó a bocajarro.

- Si es niño Apolodoro ¿A que suena bien?

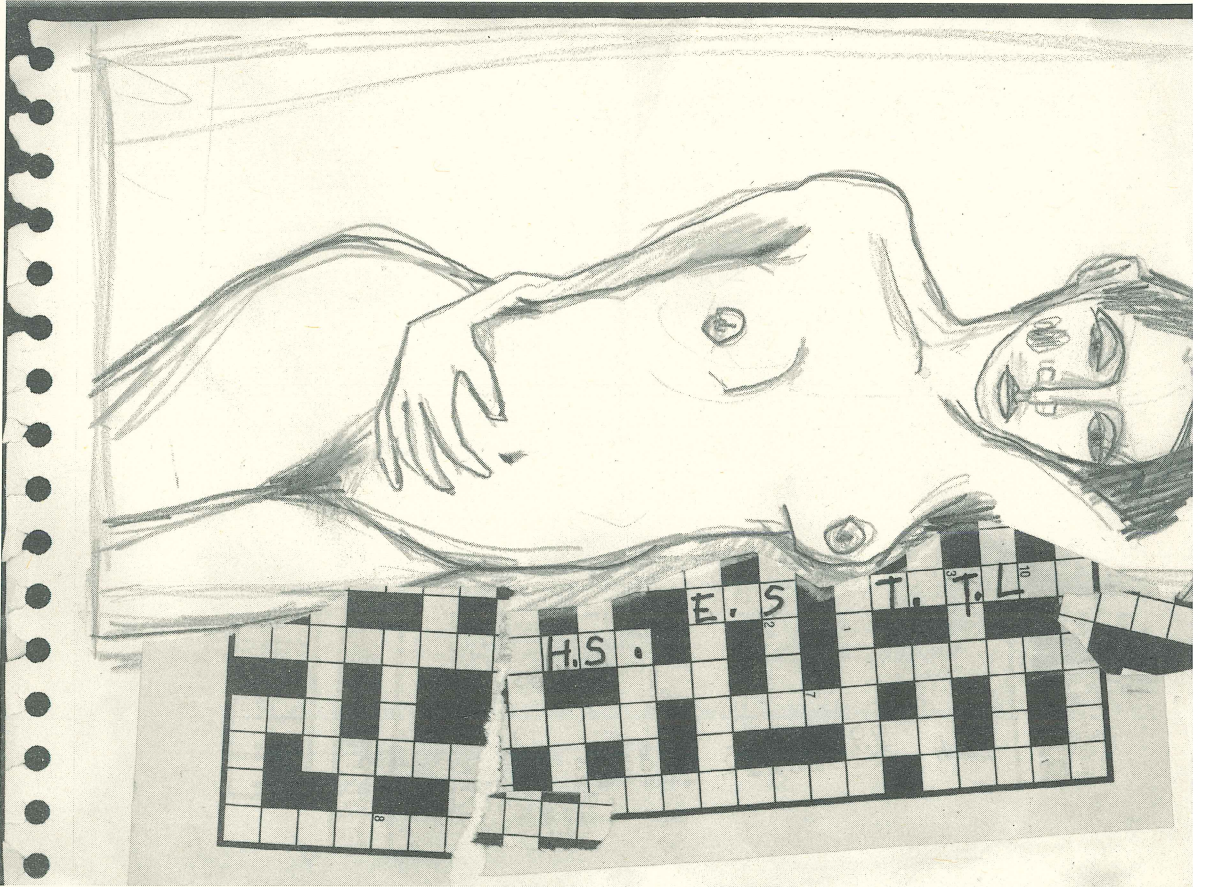
Pero el futuro no se anda con contemplaciones y se venga con toda su fatalidad de los sujetos como don Prudencio Romero de Salas que se pasan la

vida despreciándolo por darse de lleno al pasado. Y caro que se lo cobró, ya lo creo. Porque cuando Apolodorito nació, el ginecólogo de lo dejó más que claro.

- Señores, tiene un hijo hermoso. Pero tengo que decirles también que jamás tendrá descendencia.

Al principio, don Prudencio no supo bien como interpretar aquello. Hasta que hubo que cambiarle el dodotis, entonces ya no pudo contener su asombro. El niño era un infante hermoso ciertamente, de un rosado veteado digno de Praxíteles. Pero eso, en vez de la cosita, entre sus piernas lo que traía era un hojita de parra. Mire usted que adversidad.

- ¿Ves tú?- saltó Paquita rabiosa-. Eso por borracho y antiguo.



**Mariló Fernández Tagua**

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Que la tierra te sea leve

Sentado en la estrada del teatro me miraba esperando con cierta melancolía que volvieran las comedias de Aristo.

El había llegado a la gran ciudad desde su villa del Ruedo e ilusionado esperaba sacar un buen precio de la venta del trigo que su padre le había encargado. Había fiestas en la metrópolis, el magistrado Lucio Junio Paulino había encargado con motivo de su nombramiento de Flamen de la Bética algunas luchas de gladiadores y representaciones teatrales. Y él esperaba esa noche regocijarse con el espectáculo.

El bullicio de los mercados lo tenían emocionado. Temía que su cara imberbe delatara que apenas hacía un mes se había celebrado en su casa la fiesta de su cinto. Mujeres agresivas y ordinarias ofrecían sus carnes asomadas a oscuros atrios desportillados. Su padre ya le había advertido de todos esos males. Corduva era peligrosa de día y mucho más por la noche. Y para no arriesgarse se había dirigido pronto a las termas. Pensaba acicalarse y jugar una partida de dados a la caída del sol con el que se pusiera cerca mientras hacía tiempo.

Ahora miraba desconcertado el espectáculo al que durante siglos parecía condenado.

Gentes de África se paseaban por el aforo hablando en lenguas extrañas, turbantes y pieles oscuras que no entendía. Tal vez esta ciudad cosmopolita atraía estas modas.

Después llegaron cristianos atolondrados y forrados de ropas oscuras hasta el cuello. Los símbolos de las cruces se lo indicaban pero no llegaba a entender el porqué de tanto recato. Hablaban algo parecido a una jerga de la que reconocía algunas cadencias. Serían gentes del otro lado del Imperio, pensó él. Roma cada día es más indescriptible y grande; su tutor Tilo así se lo había enseñado.

El sabía que aquella noche había habido una revuelta en al entrada del teatro. Y que en la refriega alguien le había golpeado. También se acordaba de haberse recostado en un muro. Y que una persona amable le había ayudado a descansar junto un laurel húmedo.

Allí quedó dormido. Junto a una piedra tallada de iniciales H. S. E. S. T. T. L

Para su incredulidad, ahora mujeres delgadas y semidesnudas desfilaban por sus narices con la extraña costumbre de ir mascando una sustancia rosa que salía de sus bocas. Repulsivo pensaba. Cuando vuelva a casa de mi padre no lo creerán...

Hace tiempo que se mira en las aguas de este estanque y que no ve nada. Empieza a echar de menos el frescor de los huertos de su casa y los olores de

la vendimia que para Septiembre estaba acostumbrado. No llega a entender porque el empezar de esta obra de teatro se demora tanto.

Sabía que no estaba en casa y ya parecía haberse acostumbrado. Pero el suelo de su hacienda lo tenía clavado a su retina, y si giraba la cabeza podía ver aún en una urna aquel bronce hermafrodita que su madre amaba tanto. Recordaba que Albina Prima había comprado aquella bella estatuilla a un mercader de Corfú al que llamaban en el pueblo el Theseus. Todo esto lo obligaba a quedarse allí estático, agarrado a los únicos recuerdos entrañables que aún permanecían en su memoria.

Pasaron delante de él todos mis alumnos dándose empujones y sin atender a nada. Algún otro hasta se había atrevido a meter la mano en las urnas funerarias.

Pensé: Que suerte ha tenido este joven cuando le situaron en la Sala IV sus cosas más queridas. Lleva 18 siglos de alma errante y aún no se ha enterado que los pasos que oye sobre el suelo no son los de su madre.

Siempre he sabido que yo era lo que muchos denominan 'sensible', es decir que a veces veo muertos como aquel el niño de la película. Pero este joven me ha emocionado.

Con una leve inclinación de cabeza y la mano en el pecho, le saludé mudamente.

'Que la tierra te sea leve' proyecté con mi pobre latín desempolvado.

Y salimos en tromba del museo.

Enrique García Luque

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## El caso de Mauro

Aquello no era nuevo en él. Aunque Mauro estuviera matriculado en Bellas Artes, no sabía qué deseaba hacer con su vida. Su indecisión característica. Eran ya demasiados años junto a él como para no conocerlo. Aún recuerdo el día que apareció en clase, hace ya mucho tiempo, cuando críos, en el colegio en el que yo estudiaba. Tendríamos seis o siete años y venía de Córdoba a vivir con sus tíos, puesto que su madre había muerto y su padre lo mandó a que se criara con una hermana suya que vivía en Cádiz. No tardamos en hacernos amigos. Pero de eso hace ya algo más de quince años.

Le comenté que lo más probable era que, al terminar la licenciatura, me encerraría a opositar, como los valientes. A él, la idea de opositar, tampoco le disgustaba demasiado. De sacarse unas oposiciones, accedería a un puesto fijo -“un sueldo Nescafé”, como él lo llamaba- trabajando además en algo que le gustaba. Lo vio clarísimo: quería trabajar en Córdoba, donde había nacido y de la que guardaba demasiados pocos recuerdos: los únicos que lo ligaban a su madre. Ahora recuerdo nítidamente cuando buscamos juntos en la guía el teléfono del Museo Arqueológico de Córdoba donde se disponía a llamar para averiguar si había vacantes de restaurador o conservador. Tras marcar y esperar



tres o cuatro timbrazos logró comunicar con el bedel que atendía el teléfono. A la pregunta de si tenían vacantes en el mismo, el conserje le contestó que por supuesto y que además eran bastantes envidiadas en el resto de España.

Así que decidió que, tras aquel verano, se iría a Córdoba a terminar Bellas Artes y, de paso, empezar a prepararse las oposiciones que le permitirían trabajar en su añorada ciudad natal. Me dijo que esa misma semana daría un salto a Córdoba para enterarse *in situ* de lo de las vacantes y que iniciaría las gestiones para trasladar su matrícula.

No puedo olvidar cuando volví a verlo al regresar de su viaje. No era el Mauro de siempre, traía un brillito extraño en los ojos. Al preguntarle por el éxito de su "misión" en Córdoba se rió de una forma rara. Cuando llegó al Museo Arqueológico, se presentó al bedel con el que había hablado por teléfono. Al identificarse como el que había llamado preguntando por las vacantes, el conserje, muy ufano, lo acompañó hasta una de las salas del Museo, concretamente una de las que está destinada a exhibir piezas de la época romana. A Mauro se le desenchajó el rostro cuando descubrió que había viajado a Córdoba simplemente para confirmar que su museo cuenta con una interesante colección de *Bacantes*. El bedel, en todo momento, había estado pensando en las bacantes que allí se exhiben; en la colección de rostros femeninos que representan a las novias de Baco, ese dios romano tan promiscuo. La mitología cuenta cómo lo acompañaban, cargadas de sensualidad, en la celebración de las famosas bacanales.

Tras el chasco por el malentendido y después de disculpar afablemente al turbado bedel, decidió que, ya que estaba allí, visitaría el museo. Empezó por la sala en la que se encontraba. No había dejado de pensar en la curiosa confusión que le había llevado hasta aquel lugar a la vez que miraba distraído todos los

rostros femeninos insinuantes que cortejaban a Baco en sus excesos míticos. Y, de pronto, la vio. En un extremo de la vitrina se destacaba su rostro esculpido en un mármol blanco, casi transparente. Era muy joven, y muy bella. Analizando todo lo que pasó posteriormente, yo diría que fue amor a primera vista. El caso es que Mauro volvió transfigurado de aquel viaje. Ya sólo hablaba de volver a Córdoba, de acabar allí la carrera aunque no hubiera plazas vacantes que cubrir por oposición. Recuerdo que sus conversaciones se poblaron de comentarios sobre aquella ninfa que lo tenía como loco. No hablaba de otra cosa. Cada vez nos vimos menos aquel verano hasta que, en Octubre, se marchó loco de alegría a Córdoba.

Cuando me llamaron de la policía, me interrogaron en calidad de buen amigo de Mauro, a ver si podía facilitarles alguna pista sobre su paradero, puesto que llevaba varias semanas desaparecido. Les comenté que hacía tiempo que habíamos perdido todo contacto. Fui a Córdoba y me permitieron visitar el piso que tenía alquilado en la Judería, muy cerca del Museo Arqueológico. En aquel piso hacía un frío glacial, casi pétreo. Las paredes estaban plagadas de fotografías, bocetos, apuntes de su bacante. No había nada más. Decidí alargarme al museo, quería sentir lo que él sentía cada vez que lo visitaba. Fácilmente di con la sala que me interesaba. Ya me iba de allí cuando me fijé detenidamente en el impresionante dios Baco que está en el centro del expositor principal. No podía creerlo. Tras su risa sardónica, tras su barba esculpida a trépano, pude distinguir perfectamente el rostro petrificado de Mauro que, con sarcasmo, parecía querer decirme que ya nunca nadie lo separaría de su ninfa predilecta y que ella sería únicamente para él...

Juan Ignacio Vallejo Sánchez

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Son las siete de la mañana

Notaba cierta tensión en el cuello. La sequedad de la boca, jadeante, se extendía ya hacia la garganta. Mis miembros se agarrotaban. Se entumecían ante la incesante espera. Cedían bajo el peso de mis responsabilidades. Aquel día me sentía particularmente incómodo, como hacía tiempo que no me ocurría. Ansioso, diría yo. Abría los ojos con desesperación. No conseguía vislumbrar ni el más breve destello de luz. Un dolor apagado pero constante, punzante en cortos e insufribles momentos, latía en mi pierna izquierda. Era como si me faltase algo. A pesar del calor que hacía, sentía frío por dentro. No sudaba, sin embargo y mi pelo permanecía inalterable y pulcro. No era capaz de explicar qué estaba ocurriendo. Mi mente parecía aletargada, perdida en un mundo de sombras y dudas. Era como si hubiese olvidado quién era.

De pronto, como casi todos los días, volví a experimentar las mismas sensaciones: mis ojos captaban una velada sensación de luz, como si viese a través de los párpados cerrados; un lejano y sordo eco de voces graves, chillonas, rotundas, serias y alborotadas se entremezclaban en el ambiente; un rítmico clamor de suaves pasos y estrindencias de goma completaba la sinfonía de sonidos que percibía. Aquello duró bastante tiempo, con oscilaciones en la intensidad y variedad de aquellos estímulos. Pero no me incomodaban, rompían la monotonía del silencio que tantas veces solía acompañarme.

La luz decaía progresivamente, cambió de tonalidad y fuerza, hasta desaparecer tras un click que prolongó su sonido en un eco apagado. Me dejé llevar por el sopor y me sumergí en un agradable letargo...

Sentí una brisa suave y la calidez de los primeros rayos de sol. Un rumor de llantos, pasos y plegarias sofocadas se acercaban donde yo descansaba. Los vi venir desde lejos. El pedestal que me servía de asiento me otorgaba una posición privilegiada. Percibía la presencia hierática de otros como yo: atentos, vigilantes, amenazantes. Éramos los guardianes que los dioses habían puesto en la tierra. Protegíamos las casas de los muertos. Nuestras fauces abiertas y nuestros ojos inexpresivos advertían a todos que allí mandábamos nosotros. La vida y la muerte se separaban ahí, justo ante nuestras efigies. Nuestro protegido avanzaba inerte, transportado por los suyos, dirigiéndose hacia la pila de madera que lo haría arder para preservar su espíritu en la otra vida. Durante todo el día presenciábamos el hipnótico baile de las llamas. Al atardecer, con los últimos rescoldos humeantes, se terminó de preparar la morada definitiva de aquel anciano vigoroso que ahora descansaba en una urna. Pocas horas después el silencio más absoluto volvió a reinar en aquella noche. Mis ojos volvieron a su más tenebrosa oscuridad y la sensación de vida y poder que me habían invadido fueron abandonándose. El sueño parecía tocar a su fin. Pero me resistía. Ahora recordaba quién era, cuál era mi misión. Aquel no era mi sitio. No podía seguir allí. Debía hacer algo. Antes que la memoria se rindiese a la indiferencia luché por pedir ayuda a aquellos dioses a los que serví. De repente, azotado por un funesto calambre, mi espalda se arqueó y mis extremidades empezaron a dolerme de un modo terrible. Conseguí ponerme en pie y toqué el suelo. Salí de allí tan rápido y sigiloso como supe y pude. Volvía a estar vivo.

“Son las siete de la mañana y continuamos con nuestra ronda de noticias. Córdoba despierta hoy sorprendida y extrañada a un tiempo. En el cementerio de San Rafael ha aparecido la estatua del león ibérico de Nueva Carteya, conservada hasta ayer mismo en el Museo Arqueológico y Etnográfico de la ciudad. Se ignora cómo ha llegado la escultura hasta allí y por qué fue abandonada en ese sitio. Los ladrones, antes de huir o de arrepentirse de su acción, tuvieron la peculiar ocurrencia de colocar el animal sobre uno de los mausoleos del camposanto. Para ello debieron realizar un titánico esfuerzo para izar este bloque tallado de piedra caliza hasta la altura en la que finalmente fue encontrado. La Policía Nacional y la Guardia Civil continúan con las investigaciones para esclarecer los hechos. Se prevé que esta misma mañana, el león vuelva a ser trasladado a las dependencias del museo”.

Ramón Noche Fraga

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Reloj de arena

A causa de la sorpresa, el bolígrafo plateado de la directora del museo se deslizó de entre sus dedos para rodar hasta detenerse, con un leve chasquido metálico, junto a la agenda abierta que miraba al techo en una esquina de la mesa.

Sopesando la posibilidad de que todo fuese una broma absurda del encargado de seguridad, colgó el teléfono y se levantó de su sillón. La luz del sol llegaba a través de la ventana generando un gran cuadrado de luz en un lateral del despacho en el que se vió con toda claridad la sombra de la directora encaminándose con paso decidido hacia la puerta. Al cerrar la puerta tras de sí una pequeña vibración sacudió la estancia, consiguiendo que algunos de los papeles que estaban sobre la mesa y que habían recibido una minuciosa atención hasta apenas unos instantes atrás, se estremeciesen suavemente.

En el patio, la luz del sol rebotaba en la superficie lisa de las columnas, y el estanque era un espejo del cielo. El ruido de los zapatos de la directora se mezclaba con el canto de algún pájaro y con otros sonidos cotidianos (la estridencia de las máquinas que trabajaban en la remodelación, las voces de la mañana, el tráfico, las ventanas al abrirse...

Cuando llegó a la Sala II el encargado de seguridad estaba esperándola. Tenía las manos en los bolsillos, y miraba fijamente desde cierta distancia a la única persona que estaba en aquel espacio dedicado a la Prehistoria. Contemplaba a una anciana doblada por los años, vestida de un negro riguroso que contrastaba con el blanco del pelo y apoyada en un bastón de madera ajada que le quedaba algo grande, como si primero hubiese pertenecido a otra persona.

La directora también la miró y de inmediato comprobó que todo era cierto. La anciana, murmurando palabras ininteligibles, se dedicaba con una parsimonia ceremonial a meter la mano libre en un profundo bolsillo, del que extraía con el puño cerrado migas de pan que muy despacio y con un ligero temblor acercaba a la boca de las figuras de animales prehistóricos, que permanecían inmóviles en sus pedestales blancos.

Las migas caían al suelo oscuro desde las bocas de los animales indiferentes y, quizá por el efecto de la luz halógena, parecía como si alguien hubiese roto un reloj de arena.

Félix Amador Gálvez

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## El sencillo mecanismo de la arqueología

Corre el año del Señor de 1236. Fernando III, rey de Castilla y León, trata de reconquistar Córdoba, donde proyecta convertir la Mezquita infiel en catedral. Cuestión de fe. Ya fueron varios los reyes cristianos que recibieron sepultura en la capilla real que se construyó allí el siglo pasado. Estamos en plena batalla, la batalla definitiva. La ciudad debe caer cuanto antes. Abu Yusuf tiembla de miedo. El palacio del valí arde. Los cristianos están a punto de derribar las puertas. Para su fortuna, una orden lo ha retirado de la refriega y lo ha enviado junto a otros cuatro a los aposentos del valí para ayudar a escapar a su joven esposa. Casi la empujan escaleras abajo en dirección al pasadizo que la conducirá a lugar seguro. El tropel de soldados la hace tropezar. Temiendo un escarmiento, la ayudan a ponerse en pie para alcanzar el pasadizo. Sólo queda rezagado Abu Yusuf, que recoge del suelo una delicada y brillante arracada de oro que se le ha caído a la muchacha. Tiene demasiado miedo para huir inútilmente. Observa el abalorio en sus manos. Es demasiado bello para perderse. Corduba también es demasiado bella para caer en manos cristianas. Llora y se pregunta qué quedará de todos ellos con el paso del tiempo.

\*

Manuel estaba hasta las narices de la pala. Ocho horas diarias pasando cubos de arena a los de los andamios quemados a cualquiera, sentenció. Ser albañil era un asco. Entonces lo distrajo aquel tipo, rondando de nuevo la obra. No era nada discreto. Traje caro, corbata de seda, con el calor que estaba cayendo sobre Córdoba en pleno mayo. Algunos compañeros decían que era del ayuntamiento, que supervisaba las obras, uno de éstos que determinan qué obras deben pararse. Últimamente, no había obra en el centro que no fuera interrumpida por el hallazgo de media docena de piedras. Si alguien constataba que tenían más de veinte años de antigüedad, llegaba uno de estos tipos y paraba la obra argumentando que pertenecían al Patrimonio Histórico. Pero Manuel prestaba más atención a los que decían que se trataba de un buscatesoros. Sí, aquel tipo era un buscatesoros pagado por algún coleccionista. Rondaba las obras para llegar primero si alguien encontraba un vaso romano o un capitel de cierto valor. Pensó en la palabra. Buscatesoros. Sonaba a aventura de cine. Él jamás había vivido una aventura, y estaba tan harto de darle a la pala... Entonces la arracada lo llamó, o eso creyó siempre. Brilló al sol del mediodía y llamó su atención. Manuel miró a un lado y a otro. Nadie lo observaba. Se agachó para coger aquel pendiente de oro, sucio de pura antigüedad, y buscó con la mirada al tipo que parecía un buscatesoros, y pensó en su mala suerte, en su hipoteca, en su aburrida vida, en que nunca había vivido una aventura, y pidió permiso al encargado para salir de la obra un momento, con cualquier excusa.

\*

París Match, 16 de abril de 1983. *Después de 15 años de búsqueda, la Interpol ha detenido en Marsella al conocido capo de la mafia Jean Paul Balzac en un chalet de la costa, junto a cinco de sus secuaces. Se han requisado un buen número*



*de armas, más de dos millones de dólares en billetes e importantes piezas de arte robadas, entre las que podríamos destacar el Miró robado el pasado año en Londres, así como piezas arqueológicas posiblemente robadas o adquiridas en el mercado negro, como un busto egipcio o una arracada de oro árabe. El portavoz de la operación afirmó que estas piezas son patrimonio histórico y serán restituidas a sus países de origen a la mayor brevedad posible.*

\*

Museo Histórico y Etnológico, día de visita, 11 de la mañana. El niño mira distraído los dibujos del piso. El padre intenta ser de algún modo pedagógico. Se agacha junto al chico, le pasa el brazo por encima del hombro.

—¿Ves esta pieza tan antigua? —susurra a su oído, señalando una arracada de oro de la época califal. El niño lo mira, frunce el ceño—. Es un pendiente que perteneció a una princesa mora que vivió hace muuuchos, muchos años en un palacio muy cerca de aquí.

El comentario despierta el interés del niño, que gira la cabeza buscando con la mirada un fragmento de relieve que ha visto un rato antes.

—¿Ese trozo también perteneció a un palacio? —pregunta. El padre asiente.  
—¿Ese trozo tan pequeño?

—Claro, no podrían traer el palacio entero. Mira, un día, los científicos, que se llaman arqueólogos, encuentran enterrado este pendiente, por ejemplo, lo traen aquí, lo limpian, lo arreglan y lo exponen para que todo el mundo lo vea.

El niño entrecierra los ojos, calibrando el valor de la pieza expuesta, conmovido por el sencillo mecanismo de la arqueología.

estridencia de las máquinas que trabajaban en la remodelación, las voces de la mañana, el tráfico, las ventanas al abrirse...

Rodrigo David Mariscal Salmoral

3 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Sueño mítreo

La madrugada del pasado primero de mayo, casualmente noche de brujas, habiéndome acostado hacia ya buen rato y confiado al sueño inquieto que dan las preocupaciones, me meció en el espanto un berrido desgarrador que parecía venido del mismo corazón de Córdoba. Con la facultad que otorga el no estar despierto salí de inmediato a la calle en busca de la fuente de aquella terrible vibración. Un laberinto de calles envolvió mi angustia y la detuvo al llegar a la plaza de Jerónimo Páez. Presté atención a mis oídos: La ciudad dormía tranquila, el sonido había desaparecido. Una muerte de silencio era lo que ahora me helaba la sangre mientras contemplaba la puerta del museo arqueológico ligeramente entreabierta.

Sentí que manos milenarias me llamaban desde el interior, saltaban de los mármoles y metales que acariciaban para indicarme que me adentrara con mucho cuidado de no despertar a lo que allí dentro yacía. No sabía qué podía ser, pero le tuve miedo. Me introduje por el hueco de la puerta y entré en una oscuridad eterna. Quise ver mis manos pero no podía; palpaban la nada, húmeda y cálida, mientras avanzaba un paso y otro en el vacío. Entonces aquel horrible berrido volvió a paralizarme, más cercano, más ensordecedor, taladrando mis oídos hasta hacerme perder el equilibrio. Cuando mis manos tocaron el mármol del suelo se hizo de nuevo el silencio. Seguí durmiendo un tiempo.

Cuando abrí los ojos apareció ante ellos, a unos metros, una pálida mancha azul. Con cuidado de no despertar avancé a gatas hasta ella y asomé la cabeza en el patio principal del museo. En su centro, bañado por la luna, posaba el cadáver de un enorme toro de piel cobriza. Pensé: "Mithras, el dios sol, lo ha dejado ahí tras degollarlo. Ese toro soy yo". Me acerqué sin hacer ruido, como temiendo perturbar su muerte, y cuando estuve a su lado sentí el impulso de abrazarlo, más por ternura que por compasión. El frío tacto de su piel no impidió que me quedase dormido sobre el animal.

El alba se aproximaba, un agudo ladrido sustituyó el canto del gallo y reaccioné. Luna, mi perrilla, estaba a mi lado en actitud expectante. Una serpiente se acercaba sigilosa, seguida de un eléctrico alacrán. De pronto sentí mi lecho estremecerse; una fuerza que parecía venida del centro de la tierra lo sacudía. Mi corazón se detuvo al comprender que el toro estaba vivo bajo mi cuerpo. Abrí los ojos, miré mis manos: blandían una daga plateada. No pude más que hundir su afilada hoja en el cuello de aquella bestia. La herida dejó escapar un caño de sangre en el que Luna bebía con avidez mientras el berrido desgarrado del toro me sacaba para siempre de aquella pesadilla.

